

— «Yo se lo digo á menudo á tu hermana Herminia: Alberto ha conservado todo, tal como era, el corazon que tenía de muchacho. No digo que sea mérito mío; pero sin embargo...»

*
*
*

La division ha salido de Ferrara, de vuelta de Pádua.

Monselice... Julio.

«Triste cosa marchar con la lluvia. Era ya de noche, estábamos aún cuatro millas alejados de Rovigo y empezó á llover á cántaros. En pocos minutos me encontré calado, como si me hubiera metido vestido en un baño; el agua me corría á chorros por la espalda y el pecho; el capote se había empapado de tal modo, que pesaba hasta no poderlo sostener en los hombros; en el camino, un palmo de barro; así es que ya te puedes figurar. Al pasar, veíamos por las ventanas de las casas de campesinos «lucir las nocturnas lámparas» y alguna sombra aparecer un instante y desaparecer luégo. Y yo pensaba en ti, que cuando era pequeño, por la noche, acercabas mi camita hácia la ventana, porque me gustaba oír el azotar de la lluvia sobre los cristales y el silbido prolongado y lamentable del viento, y adormecerme

pensando en temerosas aventuras de peregrinos extraviados en el bosque, y misteriosas luces resplandeciendo á lo léjos, y fatales castillos hospitalarios.—¡Oh, pobre muchacho! ¡En qué estado vienes!—exclamabas juntando las manos cuando volvía de la escuela un poco sucio; ¡pobre madre! ¡si tú me vieras ahora!

»Era el día de la desgracia. Llegamos junto á Rovigo, establecimos el campamento en un pantano, y despues, andando, al pueblo. Un amigo y yo encontramos un tabuco donde recogernos y reposar en casa de una buena familia; nos metimos en cama y dormimos; nos levantamos á las nueve de la mañana para marchar al campo y partir... ¡Dios eterno! No me entran las polainas; las he dejado junto al fuego, y se han estrechado y endurecido, de modo que no entra ni la pierna de un niño.—¡Ayúdame, amigo, ayúdame por piedad!—¡A nosotros!—grita él;—se remanga la levita, y los dos, tira y tira y tira, y descansa para respirar, y vuelve con nuevas fuerzas, y tira otra vez, é intenta de nuevo con todas las fuerzas de la desesperacion... ¡Ah, es en vano! La pierna atormentada se relaja, los brazos fatigados caen pesadamente, y la cabeza se vuelve atrás con los ojos fuera de las órbitas y la frente bañada en sudor.—¡Un extremo remedio!—grita el amigo;—descoser las botas.—¡Descosámoslas! —Mano á las tijeras y al cortaplumas, y á la obra.

Pero los puntos no se ven, y cuanto más nos afanamos, ménos se encuentran, y los dedos temblando se ingenian, y las tijeras se escurren de la mano; mi amigo se ha herido y yo tambien, y el tiempo pasa... ¡Ah! ¡El tambor! ¡Estamos perdidos! El regimiento parte sin nosotros; nos unimos á él, á la ventura, una hora despues de haber acampado.—¿Cómo ha sido eso?—preguntaron los compañeros.—Yo contesté enseñando los piés; los había ocultado en el primer par de barcos, puestos por manos del primer zapatero de Rovigo que mandé llamar: eran dignos de ser examinados. Un minuto despues, una órden de arresto á mí y á mi compañero. Apénas entré en la tienda, arrojé al suelo las botas gritando:—¡Ahí, verdugo!—Pero, y el que no tenía el impedimento del calzado,—preguntó despues el coronel á mi compañero,—¿por qué no ha venido?—¡Mi coronel! ¡Abandonar los amigos en la desgracia!...»

Respuesta:

« ¡Cuántas veces no te he predicado, desde que eras pequeño, contra esa maldita manía de llevar las botas estrechas! ¿Qué habrá dicho de ti el coronel? ¿Pero no había al ménos una mujer que tuviese la cabeza sentada en esa casa de Rovigo, que buscase de pronto, mandase á ver, proveyese ú os ayudara de cualquier modo? Parece imposible: ¡todas sin juicio! »

* * *

Inmediaciones de Mestre, 20 de Julio.

«...He visto de léjos á Venecia. No creia que se pudiese amar tanto á una ciudad, que se experimentara viéndola el mismo efecto que produce la mujer á quien se ama. Al verla por primera vez tan magnífica y graciosa, que parece flotando sobre el mar, no acude á mis labios ni un *viva* ni un *hermosa*; acude una palabra más afectuosa y más dulce, y exclamo:—¡Querida!—Dice un amigo mío que Venecia, vista así de léjos y por la tarde, le hace el efecto de una muchacha pálida y melancólica apoyada sobre el balcon, con la cabeza reclinada á un lado sobre la palma de la mano y la mirada fija sobre el horizonte del mar, como quien piensa y espera. Y apénas la vió gritó:—¡Te amo!—Sí, tal es el sentimiento que inspira de léjos Venecia; por dentro será grandiosa y magnífica é impondrá; vista de aquí enternece y enamora. ¡Madre mía, tienes una rival formidable!...»

«...Buena gente son estos campesinos venecianos. Estaba de guardia junto á una casucha; tenía sueño y llamé para pedir alojamiento; (advierito

que eran las dos de la madrugada). Me abrió una mujer, me hizo entrar en la primera habitacion, me trajo un jergon, un colchon, un cobertor, una almohada, me dió las buenas noches y se marchó. Me acosté y dormí como un príncipe. Por la mañana, apénas despierto, me asomé á la otra habitacion para dar gracias á mi patrona, y la ví que dormía tendida en el suelo sobre un poco de paja, con dos niños, uno en brazos y el otro á un lado, sin sábanas, sin mantas, sin un pedazo de cubierta: ¡me había dado á mí todo lo que tenía! Tuve remordimiento, ira, vergüenza; me llamé desnaturalizado, perezoso, villano, egoísta... No recordaré jamás sin dolor aquella noche.»

Respuesta (¡oh piadosísima despiadada!):

«No tuviste razon ciertamente, pero... al fin y al cabo, tú estabas fatigado y debías levantarte temprano, miéntras aquella mujer había dormido hasta entónces y podía dormir despues. En otra ocasion ten más cuidado.»

*
*
*

...Inmediaciones de Mestre... Agosto.

«...Oye esta, que es nueva. Anteayer estaba de avanzada por la parte de Malguera. Alejéme un centenar de pasos del cuerpo de guardia, y ví

venir hácia mí tres señoras, una de edad, las otras dos muy jóvenes (eran sus hijas), hermosas, vivarachas, y todas tres se detuvieron delante de mí, me hicieron un saludo, me pidieron noticias de mi salud, me dijeron que habían escapado de Venecia, que se dirigían á Mestre, que querían llegar á Padua con sus parientes, y que en tanto se sentían felicísimas de ver á un oficial italiano—no habían visto todavía á ninguno, yo era el primero;—y me agasajaron, me abrumaron con sus gracias, riendo, girando á mi alrededor, juntando las manos en actitud de admiracion y de sorpresa, y todo esto con una ingenuidad y una gracia verdaderamente encantadoras. Despues que les hube dado las gracias á todas tres con gran efusion, la mamá se volvió á las muchachas y les dijo:—Enseñadle lo que llevais bajo el vestido.—¡Oh, qué diablo!—pensé yo. Las muchachas dudaban.—¡Animo, levantad!—¡Levantad!—pensé de nuevo.—¡Animo, arriba! ¿Por qué avergonzarse?—Yo caí de las nubes. Las muchachas se hicieron todavía un poco de rogar, riéndose y cubriéndose la cara con las manos; despues las dos á un tiempo, haciendo una graciosa inclinacion, tiraron delicadamente del vestido con las dos manos y me enseñaron una bellísima falda hecha de tres telas, una verde, otra blanca y otra encarnada, con una gran cruz blanca en el medio... ¡La bandera italiana!»

Respuesta:

«¿Qué viene á hacer esa señora con sus hijas en medio de vosotros? Ten juicio. Te lo digo, aunque sé que no es necesario; ¡pero hay unas cabezas!...»

* * *

Padua, 5 de Setiembre.

«...Me ha asaltado la fiebre, he venido á Padua, he entrado en el hospital de *Hermanos benéficos*, me han cuidado, estoy bien y mañana vuelvo al regimiento: esto es todo. Te he querido escribir á hecho consumado, como suele decirse, para impedirte venir acá, porque de seguro hubieras venido. Y ahora encolerízate, grita, escribe, protesta; todo es lo mismo; esto ha acabado; es preciso resignarse. Así, haz como yo, querida madre; da gracias al cielo de que no haya sido más que calentura: piensa en estos pobres jóvenes que tengo á mi alrededor, quién herido de bala, quién de bayoneta, condenados al lecho Dios sabe para cuántos meses, y ¡afortunado todavía aquel que se levante!

»Tengo delante de mí á un teniente de granaderos, lombardo, que recibió un bayonetazo en el pecho, en Custoza, de un sargento croata, y he-

rido como estaba no se ha querido alejar del campo. Me ha hecho ver su levita; está aún manchada de sangre. Está casi curado, se levanta, camina; pero cuando se despierta, en el acto de sentarse sobre el lecho experimenta todavía dolores atroces.

»Me contó el hecho.—Me acuerdo de poco—me dijo;—me acuerdo como de un sueño de haber visto cuatro ó cinco caras desfiguradas correr hácia nosotros lanzando prolongados aullidos, y uno de ellos me miraba. Tengo siempre presentes aquellos dos ojos desmesuradamente abiertos y la punta de aquella bayoneta; era un hombre alto, negro, con grandes bigotes. De qué modo llegó á herirme, no lo recuerdo. Recuerdo que me pasó por delante, arrastrando la espada, un oficial austriaco sin barba, cara afeminada, muy jovencito, que gritaba desesperadamente:—*¡Jesús, María! ¡Jesús, María!*—Pasó y desapareció. A ese le veo siempre, le reconocería.

»—Algunos días despues, estando en el hospital con la calentura y el delirio, sentía todavía sonar en mis oídos aquellos aullidos y los disparos de la fusilería, y veía léjos, léjos, una afilada punta que avanzaba hácia mi corazón lentamente, lentamente, como si me mirase para reconocermé; y me la siento todavía entrar despues de repente en mi carne, dura, fría, y permanecer allí mucho tiempo y ahondar cada vez más. Te parecerá ex-

traño; pero por muchos días, á cada rumor imprevisto que sentía, al cerrarse una puerta, al caer una silla, corría un escalofrío por todo mi cuerpo...

» Este pobre jóven, herido como está, la otra noche salió del lecho en camisa y vino á preguntarme si necesitaba algo, porque le había parecido que yo me lamentaba. Me avergoncé. ¡Un cobarde y vulgar calenturiento ser causa de que un noble herido de bayoneta se incomode por él! Desde aquella noche, á cada rumor que hace salto de la cama...

» El cuartel general está en Padua. ¿Lo sabías? Ayer, mientras estaba adormecido, ví moverse sobre mis ojos un pecho cubierto de cruces y de medallas; miro, es él, es el *brusco benéfico*. Allí estuvo una hora. Entró á hablar de la guerra; me dejó caer su discurso; no sonrió una sola vez; estaba muy triste. Se fué estrechándome diferentes veces la mano y diciéndome con mucha seriedad: — Sé fuerte. »

La respuesta es una protesta violenta, que desde la primera á la última palabra va sin embargo, perdiendo gradualmente la fuerza; tanto, que empieza: « Eres casi indigno del inmenso cariño que te profeso... El cielo es bien cruel conmigo... » y acaba: « Doy gracias al cielo, veo que te protege; y á ti te bendigo, mi buen Alberto... »

* * *

Martellago, 15 de Setiembre.

« ... ¡Finalmente! Estamos por primera vez acuartelados en Martellago, poco apartados de Mestre; tengo una habitacion, una cama, una mesa, un espejo. ¡Oh felicidad sobrehumana! Tú no comprendes, querida, lo que quiere decir para nosotros poseer un poco de casa, despues de tantos meses de dormir en el suelo y lavarse la cara en los arroyos. — ¡Es mía! — exclamo midiendo á lo largo y á lo ancho la habitacion, á pasos lentos y graves y pasando la mirada por las paredes. — ¡Es mía; me la pago y me la paseo y me la gozo, y tengo la llave en mi poder! — La primera noche, en el acto de subir al lecho, he encontrado cierta vergüenza, cierto obstáculo; parecíame ser un labriego penetrando secretamente en un salon de señores, y que de un momento á otro debiese caer sobre mis espaldas una tempestad de bastonazos. Despues, cuando puse la rodilla sobre la cama y la he sentido hundirse, creía caerme; me bajaba, sonreía y volvía á subirme, con una sorpresa, con un placer, que me recordó el que experimentaba de muchacho abriendo la cajita de la

que saltaba el mago Sabino con aquella gran barba. ¡Qué delicioso sueño! ¡Qué alegre despertar!... ¡Una habitación! ¡Pero yo soy un rey! quiero pasearla, quiero hacer el joven señor, quiero gozar la vida. Ya he empezado. Me he hecho traer el café á la cama; me he levantado y vestido poco á poco, silbando voluptuosamente y preguntando á cada momento por el tiempo y la hora; he tenido la impertinencia de mandar llamar á un barbero del pueblo y recibirlo sentado en la poltrona, y de encender un cigarro y abrir un libro... ¡Qué bella cosa es nadar en la comodidad y en la esplendidez! Querida, ¿creerás que quiero tanto á mi cuartito que cuido de la disposición simétrica de las sillas? Tú te reirás; sin embargo... ahora empiezo á darme cuenta del por qué y del cómo vosotras las mujeres amais tanto la casa: no me burlaré más de aquel tu cuidado religioso de que todo esté en su puesto, limpio y reluciente. ¡Cuánta cosa enseña la tienda de campaña!»

Respuesta:

«Para comprender ciertas cosas no hay necesidad de la tienda: me parece. Duerme con la ventana cerrada; no hace días de pillar el viento á primeros de Setiembre; si no tienes bastante abrigo en la cama, pide más á la patrona de la casa. A propósito: ¿es joven esa patrona? ¿es casada? ¿tiene hijos? ¿qué clase de mujer es? Estas

patronas de casa me dan siempre que pensar, porque, por lo regular, quieren mezclarse un poco demasiado, en las cosas que no les importa. Y tú, despues de todo, eres un bendito muchacho... y...»

*
* *

Martellago, 16 de Setiembre.

«... Es extraño; es decir, es naturalísimo, pero á primera vista parece extraño que entre nosotros, despues de una campaña, aún aquellos que parecían más despreocupados, más frios, más cínicos, sientan una poderosa necesidad de afecto, y hablan á cada momento y con todos de sus familias (muchos habían olvidado que la tenían), y escriben aquí y allá, y guardan religiosamente las cartas, y suplican á los amigos lejanos que les manden sus retratos, y buscan por mar y tierra cualquier amorío, aunque sea sentimental. Estos cambios siguen más generalmente y de una manera más pronta y más viva despues de una guerra desgraciada: se comprende. Algunos han ido á desenterrar no sé qué primas lejanas, de las cuales hasta ahora no sabían ni siquiera el nombre, y han entablado con ellas una disparatada correspondencia literaria. Las primas, sorprendidas y

enterneadas de la súbita y apasionada expansion de aquellos corazones, responden con fuego; los hierros, como suele decirse, se enrojecen; preveo muchos matrimonios. ¡La guerra roba muchos hijos á la patria, pero tambien le prepara muchos! Si tú los vieses, como yo los veo, á ciertos *Don Juanes* de diez y ocho abriles, ciertos calaveras que hace algunos meses ponían la botella, el cigarro y la rubia ó la morena por encima de todos los afectos y de todas las felicidades humanas; si tú los vieses por la noche, apoyados en las ventanas, mirar á la luna con ojos melancólicos y lamentarse conmigo: — ¡Hace dos días que no me escribe! — Es inútil ya: la mujer es siempre nuestra respetada señora y patrona; la ambicion, la gloria, cualquier otra felicidad deseada ó esperada; olvidarse, creerse que se puede hacer alguna cosa fuera de ellas, esconderlas, por decirlo así, á los ojos de nuestra mente y á los deseos de nuestro corazon; pero sin embargo... ella no se detiene, como dice Manzoni en el magnífico viaje:

« Nos señala, vigila y espera
» y nos coge... »

» ¡Oh, nos coge siempre! »

Respuesta:

« ¿Y tú á quien has desenterrado? Por caridad;
¡juicio! ¡juicio! ¡juicio! »

*
*
*

17 de Setiembre.

«... Otro fenómeno digno de notarse despues de una guerra, es el ardor de la lectura, que renace vivísimo en todos, aún en los más ajenos, ó por la índole del genio ó por insuficiencia de su cultura, á esta forma de ocupacion y de diversion. Todos leen, todos buscan libros; el párroco del pueblo se ha visto obligado á poner en movimiento todos los volúmenes de su biblioteca. A mí, que voy hasta la exageracion, como tú dices, en todo, me ha asaltado una verdadera manía; no es ya deseo de libros lo que yo siento, es hambre, hambre rabiosa. Pero soy siempre fiel á mi amor antiguo. Todas las horas libres del día y de la noche las paso leyendo y releyendo y pensando y profundizando esta querida, esta bendita, esta santa novela *Los novios*, mi eterno compañero y amigo, fuente para mí de tanta dulzura, de tanto consuelo y de esta igual y suave tranquilidad de ánimo y de corazon, en que todos mis afectos se purifican y refuerzan, todos mis pensamientos se levantan, y las cosas y los hombres y el mundo y la vida, todo se presenta á mi inteligencia bajo

su aspecto mejor, todo rodeado de amor y de esperanza. No sé cómo; pero mi patria, mi regimiento, tú, los amigos, todo, siento amarlo más y más noblemente meditando sobre este evangelio de la literatura. Y no hay una página á la cual no vaya ligado un recuerdo de nuestra primera lectura; cuando tú tenías el libro sobre las rodillas y yo leía y tú escuchabas y mis lágrimas caían sobre tus manos, y á cierto punto se cerraba el libro y nos abrazábamos; ó si yo leía en mi cuarto, salía y venía á buscarte para llorar entre tus brazos. Tengo delante de mí este libro, lo tengo entre las manos, lo estrecho contra mi corazón y le digo:—Por todas las lágrimas que nos has hecho derramar á mi madre y á mí; por todos los santos afectos que has despertado en mí y mantenido vivos en mi alma; por todo el amor que me inspiraste á los hombres y á la vida y á las cosas nobles y grandes, yo te juro que así como fuiste mi primera lectura, serás la última, y que hasta que mi mano te pueda sostener y leerte mis ojos, te buscaré á ti, siempre á ti, libro-paraiso.»

Después de esta carta viene el anuncio de la partida de Martellago, y después, día por día, una señal de la partida y de la llegada sucesiva de Padua á Rovigo, de Rovigo á Pontelagoscuro, de Pontelagoscuro á Ferrara, de Ferrara á Módena, de Módena á Parma.

* * *

Parma, 16 de Octubre.

«Oye qué broma me ha jugado este bribon del ordenanza. Hace dos semanas, andando yo por ahí el día de su santo, tomé una botella de Barbera del cantinero, le até al cuello un pedazo de carton con un letrero que decía: *San Remigio*, y aprovechando un momento en que no estaba, fuí á dejársela en su tienda. No supe más. No me dió las gracias. No dió el menor signo de nada. Creí que se la habrían robado. Ayer tarde, volviendo de mi paseo al campo, entré en la tienda y ví en mí puesto un gran monton de paja fresca, bien distribuida y compacta, que parecía quitada en el mismo momento de un pajar; y á la parte donde pongo la cabeza, una estampa de santo pegada al sosten de la tienda, con hojas y flores alrededor y una vela encendida delante; al lado, sobre la tapa del baul, un estuche de madera, hecho con el cuchillo, que podría pasar por una cigarrera; sobre el estuche un mazo de cigarros atados con una cinta encarnada. Miro la imágen; tiene escrito debajo: *Santa Teresa*; miro el estuche: *Santa Teresa*; miro la cinta de los cigarros: *Santa Tere-*

sz. Me separé conmovido. ¡No créa que el corazón de este jóven, sobre ser tan bueno, fuese también tan delicado para honrar y festejar el nombre de mi madre en vez del mío!»

La respuesta de la madre es una verdadera bofetada al reglamento de disciplina. Si el ordenanza de Alberto hubiera sido ascendido de repente á general, no se le hubiera podido escribir de otra manera. Y parece que, además, el Sr. Remigio no fué mal recompensado por su delicadeza, por que un día se presentó al oficial con una carta de su casa en las manos, y con lágrimas en los ojos dió con trémula voz las gracias con largos circunloquios...

—Comprendo—dijo entre sí Alberto cuando hubo acabado aquél;—¡las dos madres son amigas!

De Parma á Plasencia, de Plasencia á Pavía, de Pavía á Bérgamo, otros quince días de marcha, de los cuales la mitad con lluvia.

«Pienso en las llagas de tus pobres piés—dice una carta de la madre,—¡y no puedo hacer otra cosa más que suspirar de dolor!»

«Envíame calcetines de hilo en vez de suspiros»—responde el hijo.

Bérgamo es la última estación, de la cual empieza de nuevo el relato de Alberto.

REGRESO.

Eran los últimos días de Diciembre; yo seguía en Bérgamo con mi regimiento, recreándome con la libertad del servicio de guarnicion, que siempre, pero en especial despues de una guerra, es de una monotonía y de un enfado... ¡Silencio!

No pensaba en volver á casa, porque el período de las largas licencias todavía no se había abierto, y á menudo oía decir que el coronel no quería darlas porque la pedirían todos.

Mi madre continuaba escribiéndome que «absolutamente y á cualquier precio me quería ver, y que la cosa no podía durar así más tiempo.»

Y yo le respondía: «Ten paciencia; espera otro poco.»

Y ella replicaba: «Es imposible.»

Y yo otra vez la aquietaba; y en tanto pasaban los días y las semanas y los meses.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi cuarto; abro. ¿Qué veo? ¡Mi coronel! (Era *el brusco benéfico.*)

Me saludó con mucha gravedad; no quiso sen-